

# LAS REGLAS DEL JUEGO

**D**URANTE cuarenta años, todos los atributos, símbolos y esquemas de organización de la democracia han sido considerados como nefastos en este país. Se ha tratado de adiestrar en su horror a todos los ciudadanos nuevos por medio de las famosas clases de Formación Política, que van todavía desde la Enseñanza Primaria hasta la licenciatura, y que se siguen impartiendo con el mismo estilo y los mismos programas. Se ha denigrado a los partidos, los Parlamentos y las libertades democráticas por todos los medios de expresión. Se la ha relacionado con el crimen, la decadencia, el desorden, la miseria. Se la ha identificado con la Unión Soviética y con China, con la anarquía, con la masonería, con el ateísmo. Con la pérdida de las colonias, con las invasiones extranjeras. Todos los hombres que de alguna manera tuvieron relación en este país con la democracia fueron borrados: con la muerte, con la prisión, con la separación de sus cargos, con el exilio, con la muerte civil. Los que, a pesar de todo ello, han continuado manteniéndola o han aprendido a respetarla, han ido siguiendo una suerte parecida. Incluso ahora, cuando se trata de amnistiarles para emprender un nuevo camino, la amnistía es lenta, reticente, limitada, y los amnistiadores son suspicaces. Y cuando se trata de legislar para una democracia, no se encuentra la fórmula.

**L**AS naciones son mucho más complejas de lo que suponen los políticos. La política es siempre simplificadora, aun cuando muchas veces se suponga astuta, o matizada, o sutil. Hay un arrastre histórico que nunca se elimina. Toda la metódica y poderosa labor de destrucción de la democracia en España no ha sido suficiente para agotarla: ha sido capaz de traspasar estos cuarenta años. Con una fuerza considerable. El misterio —si se le quiere llamar así— se acrecienta cuando se sabe que en los últimos siglos la democracia ha ocupado muy escasamente el poder en España: breve y precariamente en los tiempos de la primera Constitución, difícilmente tolerada por las monarquías posteriores (sembrada de caciques y partidas, entrecortada por pronunciamientos, limitada por leyes muy cortas) y apenas iniciada por la Segunda República, donde no dejó de es-

tar combatida ni un solo día. Como era lógico, porque la Segunda República y su democracia habían llegado en un momento en que la ideología dominante en el mundo que circundaba a España —en Europa— era antidemocrática. Era el gran auge de los fascismos. La democracia no ha dejado de ser nunca un intento. No es otra cosa todavía en países que la tienen más desarrollada. La democracia no ha encontrado todavía su verdadera fórmula definitiva: los textos no se han traspasado a la práctica.

**P**ERO si cuarenta años de antidemocracia militante no acabaron con el arrastre democrático en España, por la misma ley es fácil comprender que el arrastre histórico de estos cuarenta años es todavía mucho más fuerte en el país. Van a influir notoriamente no sólo en estos balbuceos democráticos de ahora, sino en el desarrollo democrático que se consiga implantar. Va a ser un problema de años, probablemente de muchos años. Los estamos empezando.



**E**STO quiere decir que no es posible volver al punto de partida. Los elementos de nuestro país que tratan de regresar no podrán prevalecer. Ni los que quieren mantener el espíritu del 18 de julio, ni los que querían que todo fuese como el 17 de julio. No hay ya año 1936, ni, felizmente, el mundo en torno es el mismo. La nueva busca de la democracia tiene otras bases de partida. Esta busca se ha impuesto como un cierto imperativo. En un principio, está la presión interior. A pesar de sus pretensiones de eternidad, el régimen anterior no ha podido pasar de lo provisional: una larga provisionalidad. Se basaba para prevalecer en un mantenimiento de una tensión continua, y esas tensiones son históricamente insostenibles. Sólo se resisten con fronteras cerradas y con la circulación de las ideas interrumpida. Por su propia necesidad, el régimen tuvo que abrir sus fronteras, y las ideas volvieron a penetrar. Todo el arcaísmo de la situación española se desecó con el aire nuevo. El llamado turismo y la emigración de los españoles al exterior, las radios, la misma irradiación del imperio de los Estados Unidos, la necesidad de mantener un comercio amplio con países extranjeros —fracasada la lejana autarquía, que nunca pudo existir—, la obligada pertenencia a organizaciones internacionales, la necesidad de conectar económicamente con Europa y, sobre todo, la información y la opinión más abundante, han derribado las murallas.

**P**ERO en esta edificación resignada de la democracia con que se intenta poner al día una situación están participando activamente, casi exclusivamente, las personas que contribuyeron a destruirla y que fueron protagonistas de esa labor de cuarenta años en todos sus aspectos, desde el más directamente represivo —una guerra civil para destruir la democracia, que parecía enteramente reprobable a sus represores— hasta el puramente doctrinal. Lo que era más patente en el Gobierno inmediatamente anterior, por la veteranía de sus miembros, está más disfrazado en el Gobierno actual, más joven y más aireado, con algún o algunos ministros realmente interesados en producir el cambio. Pero con una impregnación de estilo, de manera





Se está hablando insistentemente de una Ley de Bases, que sería en cierta forma una Constitución, apoyada en una ley electoral de dos turnos con emparentamientos, exclusión de ciertos partidos y reconocimiento de otros que aceptasen la vigente Ley de Asociaciones. En la foto: listas electorales en la plaza Mayor de Madrid.

de actuar, que no corresponde a lo que pretenden o a lo que declaran. Sus breves y desconfiados diálogos con miembros de la oposición (algunos de ellos, procedentes de las mismas familias políticas, pero con una visión política anterior de la necesidad del cambio) han estado llenos de reticencias. A lo que parece, el diálogo está ahora interrumpido. Nunca ha llegado a ser profundo. La idea general de que en un amplio contacto entre representantes de diversas corrientes de pensamiento se llegase a la elaboración de una democracia posible no ha cuajado. La oposición democrática está preparando —se dice— su alternativa: un programa concreto de democratización del país, incluso una propuesta de medidas económicas para salir del punto muerto actual. No es demasiado pronto. La oposición democrática no está libre del arrastre histórico de los cuarenta años de régimen, ni mucho menos de la presión del contexto internacional, y a la hora de reunirse y decidir parece que pesan sobre ella algunos de los factores de desconfianza elaborados en el pasado, y quizá pesen más que la necesidad de ofrecer una respuesta democrática. La oposición tendría que haber segregado un Gobierno a la manera del "shadow cabinet" británico, un proyecto de Constitución, una alternativa económica. Se ha limitado a hacer un cuaderno de quejas y a enunciar unas soluciones previas: Gobierno provisional, referéndum prospectivo, Cortes Constituyentes. Cierto que todo ello son medidas democráticas, pero puesto que el Gobierno —o el conjunto de poderes— no concede ni siquiera un diálogo articulado y oficial, la oposición tendría que constituirse a sí misma en algo que llegue más allá que la actual Coordinación, que agrupe más entidades y que tenga

un aspecto más coherente. En una palabra, tiene que ofrecer al pueblo una alternativa completa. Se ha dicho muchas veces que uno de los problemas de la situación española es la falta de sustitución de las estructuras actuales. La oposición no ha cubierto todavía ese vacío. Sus insignes figuras tienden a individualizarse demasiado, a preparar sus candidaturas y sus partidos para cuando llegue la ocasión. Pero para que la ocasión llegue es preciso procurarla por medios más ágiles.

**E**N cuanto al Gobierno, se prepara para hacer lo mismo, o está a punto de hacerlo. Con una diferencia: lo puede promulgar y tiene fuerza para hacerlo obedecer. Se está hablando insistentemente de una Ley de Bases, que sería en cierta forma una Constitución, aunque se rehuya la palabra —las palabras auténticas han quedado destrozadas en el desgaste de estos cuarenta años: si las ideas han subsistido, el vocabulario está profundamente herido—, que, según se dice, no iría más allá de la propuesta por el Gobierno anterior: Parlamento y Senado sobre lo que han sido Cortes y Consejo Nacional, mantenimiento de las nuevas clases en los puestos clave, Consejo del Reino fuerte, Gobierno sin responsabilidad ante el Parlamento, Jefe de Estado con atribuciones decisivas. Todo ello, sobre una Ley electoral de dos turnos, con emparentamientos (para permitir las coaliciones de fuerzas), exclusión de ciertos partidos y reconocimiento de otros, que aceptasen la vigente Ley de Asociaciones. Todo ello apoyado en una organización de estructura anterior: gobernadores con más poderes, televisión y radio dependientes del Gobierno, presupuestos altos para la propaganda oficial y oficiosa. Las es-

tructuras del Movimiento, sin alterar, darían una plataforma de propaganda y de presión a las derechas sin precedentes. Todo ello se propone ya a la oposición como un imperativo: el que no lo acepte, quedará fuera de la "democracia". Se leen ya estas frases: "En cualquier caso, si la nueva Ley (electoral) se aprueba redactada en los términos que se espera, habrá motivos para sospechar que quienes se niegan a la comparecencia electoral no tienen verdadera confianza en la magnitud de seguidores de la que ahora, sin la prueba incontrastable de las urnas, alardean". Estilo anterior: o se acata lo que manda el Gobierno, o no se es ni siquiera lo que uno quiere ser. El sofisma reina en España.

**S**IN embargo, está claro que, por principio, no se puede llegar a la democracia real por esta vía. Aunque no fuese más que por principio. Las reglas de juego, en una democracia, no se dictan: se elaboran entre todos. Se ve claramente que se está tratando de hacer un reglamento de obstrucción que asegure el poder a los mismos grupos que lo han tenido hasta ahora, por la manipulación de todos los resortes, desde la fuerza a la propaganda, en cuyo uso no son parcos ahora. La semántica por la cual no aceptar esta "democracia" es no ser democrata no tiene sentido.

**P**ERO la realidad es más profunda que esas frases, y el Gobierno actual sabe que no tiene posibilidades de sobrevivir si no cuenta ya con la oposición. En tanto que tal oposición. No se le admite dentro ni fuera. Si su "oposición doméstica", la derecha de dentro de la derecha se lo impide, y no tiene fuerza para convencerla, no podrá prevalecer. Como le pasó a su antecesor. ■